

Índice

Prólogo de Ana Pastor Julián.....	7
01. Introducción	11
02. Las Familias Kennedy-Fitzgerald	19
2.1. La herencia irlandesa	19
2.2. Los Fitzgerald-Kennedy una familia norteamericana	23
2.3. La formación humana y académica de un líder ...	26
2.4. Superar la guerra, construir una morada para la paz	30
03. La comunidad política	39
3.1. El aprendizaje del servicio público: la Cámara de Representantes	39
3.2. Un segundo paso: el Senado	49
3.3. Cuatro años para ser presidente de los Estados Unidos	60
3.4. Nominación como candidato y campaña electoral	69
04. Tres años en la Casa Blanca	89
4.1. La toma de posesión: un sueño realizado.....	89
4.2. El equipo del presidente.....	94
4.3. La relación con los medios de comunicación	104
4.4. La manera de comunicar un proyecto político	108
4.5. Un programa y un proyecto políticos para los Estados Unidos	113

05. Geopolítica y política exterior	133
5.1. La acción política desde los Estados Unidos hacia el mundo	133
5.2. Cuatro escenarios claves para la política exterior	140
5.3. Un mundo en conflicto	171
5.4. ¿Llegó JFK a tener una visión global de la política internacional?	184
06. El legado de una vida trunca y de una presidencia inconclusa	189
Anexo I: cronología de John F. Kennedy	201
Anexo II: discursos de John F. Kennedy	207
1. Aceptación como candidato del Partido Demócrata a la elección de presidente de los Estados Unidos	208
2. Discurso ante la Asociación Ministerial de Houston	215
3. Intervención en la University of Washington durante su centenario	220
4. Alocución televisada durante la crisis de los misiles de Cuba	225
5. Inauguración del curso en la American University .	232
6. Alocución televisada en defensa de los derechos civiles	242
7. Alocución televisada sobre el tratado de limitación de las pruebas nucleares	248
8. Discurso en Amherst College of Arts	257
9. Inauguración del Aerospace Medical Health Center, San Antonio (Texas)	262
10. Discurso en el Trade Mart, Dallas (Texas)	265
Bibliografía	275
Notas	303

Prólogo

Resulta difícil asociar un centenario a la eterna imagen juvenil y atractiva del presidente John Fitzgerald Kennedy. Su figura nos sigue pareciendo la de la gran promesa política del Occidente contemporáneo y sin embargo es indudable que se halla inscrita, junto a los estadistas más experimentados, en la galería de líderes fundamentales del siglo XX.

Como se explica en este libro, en el momento de su muerte Kennedy había alcanzado una clara visión de los problemas políticos domésticos y mundiales. Aquel joven senador que en 1960 había ganado unas reñidas elecciones presidenciales se había convertido, tres años más tarde, en un gran político que buscaba ofrecer soluciones viables a un mundo que vivía y sufría las consecuencias de la Guerra Fría. Veía la política como una forma de servicio, tanto para sus conciudadanos como para todos los habitantes del planeta. Por eso pidió una y otra vez a los norteamericanos pensar en clave intercontinental. Mediante sus decisiones y acciones trataba de dignificar la actividad pública con planteamientos realistas, alejados de las utopías que tanto daño habían causado a la humanidad. Era consciente de que podía y debía cambiar su nación, y desde su nación al mundo entero. Estaba en el lugar adecuado en el momento justo y no quería desaprovechar la ocasión para mostrar al mundo que la política era una tarea digna y necesaria, siempre que se ejerza pensando en el bien de todos y no en el beneficio particular.

Aquella frase que añadió a última hora en su discurso de aceptación del cargo: «Así pues, compatriotas: preguntad no qué puede vuestra nación hacer por vosotros; preguntad qué podéis hacer vosotros por vuestra nación», sigue resonando como un aldabonazo permanente para todos los ciudadanos, instándonos a dar lo mejor de nosotros mismos en pro de una sociedad y una comunidad que necesita de cada uno de sus miembros para

salir adelante. Es una llamada a la responsabilidad individual para integrarse y comprometerse en el proyecto social y político que beneficia a todos. La frase no pierde vigencia y sigue siendo igualmente exigente ayer, hoy y mañana, porque la empresa política no termina con un cargo o un mandato, sino que se prolonga a lo largo de la historia.

La obra que tengo el gusto de prologar, y cuya lectura recomiendo, nos muestra aspectos poco conocidos de un personaje que vive en la memoria de todos. Profundiza en cuestiones familiares que explican una vocación política muy marcada. Nos muestra su capacidad desde joven para asumir riesgos y convertirse en líder. Su incesante lucha para alcanzar los objetivos, poniendo los medios adecuados. Su intuición para saber cuándo había que dar un paso atrás y esperar una nueva y mejor oportunidad. Su facilidad para formar equipos con «los mejores y más brillantes», según decía de sus colaboradores. Su tenacidad para buscar a los problemas las soluciones más adecuadas y duraderas en cada momento, en vez de conformarse con las más rápidas y fáciles.

La biografía escrita por Salvador Rus con la colaboración de Eduardo Fernández nos muestra un líder que transformó el estilo político. Fue el primer presidente nacido en el siglo XX para hacer política en un tiempo complejo y convulso, después de dos devastadoras experiencias bélicas. En esos momentos, la política paternalista de los presidentes anteriores tenía que cambiarse por la asunción de un compromiso directo con los ciudadanos, dirigido a avanzar social, económica y políticamente en todos los sentidos. Esa era la «Nueva Frontera». Atrajo al ciudadano hablándole claro, mediante discursos que le situaban ante una realidad que entre todos podía ser superada o mejorada. No era un embaucador que vendiese promesas imposibles, sino un político realista, honesto, inteligente y capaz. Tenía el apoyo de sus conciudadanos y sentía, en consecuencia, la responsabilidad de no defraudarlos y de responder a sus expectativas.

Cuando cayó asesinado, llevaba en el cargo 1.032 días. Poco más de tres años y con miras a presentarse a la reelección en los comicios de 1964. Había decidido durante un año recorrer los Estados Unidos, comenzando por un estado fundamental para conseguir su objetivo de permanecer en la Casa Blanca: Texas. Esa mañana del 22 de noviembre de 1963 quedaron truncados muchos

proyectos y muchas esperanzas que el joven presidente tenía en mente, y que con la experiencia adquirida para entonces se sentía ya en condiciones de realizar.

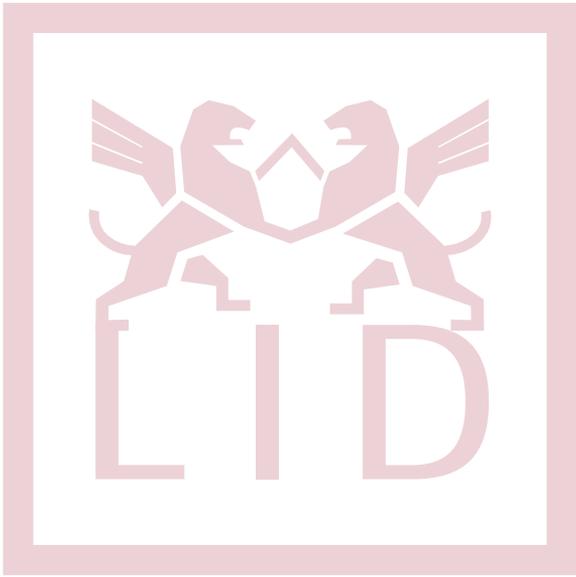
No era el primer presidente de los Estados Unidos asesinado en el ejercicio de su cargo. En 1865, Abraham Lincoln fue abatido por las balas de John Wilkes Booth. Más tarde, en 1881, James Garfield murió por las heridas causadas por un perturbado. En 1901, un anarquista disparó e hirió de muerte a William McKinley. Kennedy fue el cuarto jefe de Estado que encontró su final de una forma violenta e inesperada.

Su asesinato es una de esas ocasiones que marcan un hito en la biografía de cada ciudadano: quienes lo vivieron y están en edad de recordarlo seguramente pueden contar lo que estaban haciendo y dónde se encontraban en el momento de conocer la noticia. Era la primera vez que se retransmitía en directo un magnicidio a través de la televisión. Las imágenes resultaban impresionantes y los televidentes no podían contener su asombro ante el saludo y la sonrisa que se quedaban congelados bruscamente bajo la sacudida de los disparos.

El centenario del nacimiento de John Fitzgerald Kennedy es una magnífica oportunidad para recordar su persona, su liderazgo y su presidencia. Pero es sobre todo un momento para reivindicar la dignidad de la actividad pública y de las instituciones políticas, que deben tender siempre a buscar el bien de todos por encima de los bienes y beneficios particulares. En esto también fue y será un ejemplo. Tal como se expone en este libro de forma detallada y precisa.

Ana Pastor Julián

Presidenta del Congreso de los Diputados



Introducción | 01

¿Por qué celebramos los centenarios? Se da una coincidencia general en que suele ser una fecha que cierra un ciclo vital, aunque el homenajeado con frecuencia no puede disfrutar de los recuerdos que generan su efeméride. En estos acontecimientos se exalta tanto a la persona como a las obras que realizó y los hechos que protagonizó durante su vida. No se reseñan ni recuerdan los malos momentos, ni tampoco las situaciones en las que le asaltaron las dudas, sufrió el vértigo ante circunstancias que le superaban o cuando se veía obligado a decidir algo que afectaba a otras personas. Nada de eso aparece en los discursos, los artículos de periódicos y los panegíricos. En la memoria colectiva se trata de resaltar las virtudes, los logros, los éxitos, las gestas grandes o pequeñas, se magnifica su figura y su gran capacidad para cambiar el mundo. Suele concluirse que cuando se fue legó uno mucho mejor que cuando el personaje vino a él. Los defectos, los fracasos o los errores desaparecen; las inseguridades se justifican, porque responden a su capacidad para analizar la realidad y hacerse cargo de ella. En definitiva, todo son alabanzas sin crítica alguna. El personaje centenario aparece como un ser perfecto que vivió una vida plena y coherente con sus ideales, de los que nunca se apartó y que trató de inculcar a todos los que le rodeaban.

Cuando se repasa la cronología biográfica de John Fitzgerald Kennedy (JFK) nos puede asaltar la siguiente duda: ¿se debe su fama a los 1.032 días que pasó como inquilino de la Casa Blanca dirigiendo los destinos de los Estados Unidos de América? ¿Sería conocido JFK si no hubiera llegado a ser presidente? La respuesta la ofrecen sus biógrafos. La mayoría dedican unas pocas páginas al período que va desde 1917 a 1960; en cambio, un número muy significativo de trabajos se concentran en esos casi tres años que ejerció como presidente. Es decir, los 43 años anteriores aparecen como un prólogo o una preparación necesaria que tenía como fin formarse para convertirse en el máximo dirigente de la nación más poderosa del mundo.

Esto puede llevar a admitir de forma errónea que el único destino posible para JFK era convertirse en presidente. Esta apreciación no se ajusta a la realidad, porque él tuvo la suerte de elegir qué quería ser y cuándo. Realizó su carrera política siguiendo unos pasos lógicos y un proceso ordenado que le llevó a tener éxito en sus desafíos y proyectos políticos. Inició su carrera como congresista, consiguió ser senador y ganó una ajustada elección presidencial. JFK tuvo el privilegio, que muy pocas personas poseen y retienen a lo largo de su vida, de optar entre diversas oportunidades y la capacidad para elegir la que más le gustaba o le convenía. Está claro que si no hubiera llegado a ser presidente el centenario de su nacimiento habría pasado más desapercibido. Se le recordaría como un político en activo durante muchos años, como lo fue su hermano menor, Edward, un influyente senador por el Partido Demócrata en su estado de Massachusetts, que se mantuvo en activo hasta que decidió no volver a presentarse a una elección. Quizá también sería conocido por pertenecer a una de las dinastías familiares y políticas más importantes de los Estados Unidos. O por haber sido una de las caras más cotizadas en los medios de comunicación, porque antes de dedicarse a la política, fue un excelente analista de la realidad social. También sería recordado quizá por haber formado parte del círculo más cercano de los presidentes de los Estados Unidos. Dentro del Partido Demócrata se le habría considerado como un gran elector, es decir, una de las pocas personas sobre la que recae la tarea de proponer y promover la candidatura de los aspirantes a la presidencia. En fin, un es muy probable que la opinión pública lo considerara un político de raza y de referencia en una época muy compleja para los Estados Unidos, caracterizado por una forma peculiar de hacer y vivir la política.

Sin embargo, si preguntamos a la gente corriente lo que recuerda de él, casi con toda seguridad nos responderá que era su forma de ejercer la presidencia, su sonrisa incluso en momentos muy complicados y difíciles, no solo para los Estados Unidos sino también para el mundo, y su inesperado asesinato en Dallas. ¿Qué encumbró a este hombre? Su esfuerzo por ser un gran líder político. Sin duda, trabajó para lograrlo y es tiempo de reconocer que como político consiguió tener éxito. Un éxito que le ha permitido convertirse en un icono, en una imagen, que permanece en la memoria de muchas generaciones, porque su estilo de hacer política, diferente, joven, fresco e innovador, marcó a su generación y su influencia se ha dejado sentir en otras muchas.

La presidencia de JFK¹ duró 1.032 días, poco más de tres años que sirvieron para justificar una vida, cambiar el estilo de hacer política² y situar a los Estados Unidos en el liderazgo mundial. Mil días que revelaron cómo una generación³ nueva y joven de políticos, nacidos en el siglo XX, podían asumir los retos y las responsabilidades que entrañaba volver a poner en marcha a una nación —expresión que le gusta mucho usar al presidente en sus discursos—, que comenzaba a mostrar signos de retroceso cultural y científico, agotamiento económico y complacencia política⁴. Mil días en los que se llevaron a cabo importantes reformas sociales, políticas, jurídicas, económicas, culturales y educativas, en un tiempo en el que se afrontaron problemas internacionales muy graves que pusieron al mundo al borde de una guerra global, como la crisis de los misiles de Cuba, las tensiones en Vietnam, Laos, Birmania, Berlín, la Guerra Fría, el uso de armas nucleares y otros muchos muy graves. Una presidencia en la que se miró de cara, sin pestañear, sin dudar al repugnante rostro de la guerra, de la devastación y de la muerte.

Dentro de las mismas fronteras del país se combatió el odio, la segregación racial, el crimen organizado, la corrupción política, las desviaciones de poder y se inició el reconocimiento de derechos civiles y políticos a toda la población. Durante estos mil días se recuperó el liderazgo científico, técnico y militar con programas e inversiones importantes y cuantiosas en laboratorios de investigación, en centros de ingeniería. Se formó, equipó y dotó de medios modernos a un ejército para que los militares fueran capaces de asumir los retos geoestratégicos que imponía la evolución y formación de dos bloques antagónicos surgidos después de la segunda posguerra, que exigía nuevas actitudes ante insólitas, inesperadas y desconocidas situaciones⁵. Mil días en los que los americanos vieron mejorar sus infraestructuras viarias y de transporte, sus viviendas, sus prestaciones médicas, sus condiciones de vida, sus telecomunicaciones, sus empleos, su autoestima y su orgullo de pertenecer a una nación líder. Mil días en los que realmente se llegó a una Nueva Frontera (*New Frontier*)⁶ que exigía un Nuevo Acuerdo (*New Deal*) que estableciera un Trato Justo (*Fair Deal*)⁷. Esta meta se convirtió en el punto de apoyo para alcanzar unos nuevos horizontes como la cooperación o los programas de desarrollo internacionales, para acabar con el retraso y la pobreza en la que vivían muchos seres humanos.

En mil días JFK nos mostró que era un presidente que traspasaba los límites tradicionales que imponía el cargo. Asumió y protagonizó el impulso de la política interior y su proyección exterior desde la presidencia. Se puede decir que pensaba en grande y trataba siempre de llegar más lejos, más allá de las exigencias de la situación. Se preocupaba por observar el comportamiento adecuado en el momento justo, es decir, no defraudar las expectativas de los que esperaban algo de él⁸. Buscó ver hechas realidad la verdad, la justicia, la libertad y la concordia. Insistió en todas sus intervenciones sobre la importancia de que los valores políticos y éticos fueran una realidad palpable en un mundo en el que la oscuridad de la noche y el desierto avanzaban de la mano del totalitarismo político comunista, al igual que una generación anterior había sufrido las nefastas consecuencias de los regímenes totalitarios de todos los signos políticos. Consumió su vida en el impulso y en la consecución de los ideales que animaron a convertir a los Estados Unidos en una nación fuerte que ejerciera un liderazgo efectivo en el mundo⁹. En ese nuevo mundo en el que el vector del poder se había asentando en Washington, JFK actuó como maestro de ceremonias y como un administrador fiel que logró incrementarlo. Y, además, lo compartió generosamente con todos los que mostraban la misma actitud y expresaban sus deseos de construir un nuevo espacio político mundial¹⁰ cuyas señas de identidad fueran la paz, la justicia, la igualdad, la ausencia o minimización de la pobreza, la erradicación de las epidemias y enfermedades endémicas, la libertad y la pluralidad frente a la tiranía, el gobierno efectivo del imperio del Derecho y todas las exigencias de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, que constituyó el marco de referencia para el ejercicio del poder tanto en los Estados Unidos como desde su nación. Era un marco exigible a todos los gobernantes y necesario para establecer unas relaciones internacionales armónicas y justas¹¹.

Esta es una impresión externa que ha quedado de JFK¹² pero, ¿quién fue este joven presidente que murió con 46 años en pleno ejercicio de su cargo?¹³ ¿Fue un producto de mercadotecnia surgido en un tiempo concreto, en un medio social determinado, en una familia rica y poderosa y en un régimen político específico? ¿Era el instrumento dócil que se plegaba a las ambiciones de otros, como su padre o el grupo de colaboradores que le condujeron al éxito? ¿Tenía ideas propias o repetía aquello que

le ponían por escrito? ¿Fue un renovador social o se movía de forma espasmódica sin un plan de acción? Todo esto se ha dicho sobre un ser humano que cruzó el umbral de la historia un 22 de noviembre, poco después del mediodía, abatido por los disparos que le arrebataron la vida¹⁴ y, al mismo tiempo, le convirtieron en un personaje legendario¹⁵. De este modo logró alcanzar una *nueva frontera* y permanecer en un lugar mucho más exclusivo y selectivo que la lista de presidentes de los Estados Unidos, quedó como referencia para muchas generaciones de un modo de entender y de hacer política. ¿Buscó la inmortalidad? Quizá la respuesta sea que JFK tuvo el vehemente deseo de perdurar en la memoria de los hombres, en los anales de la Historia después de una vida que se orientó desde un momento concreto a conseguir ocupar la presidencia de los Estados Unidos, siendo muy joven, pero con esfuerzo y siguiendo unas etapas determinadas y normales de un político con deseos y ambiciones de llegar a lo más alto, congresista, senador, candidato a la presidencia y presidente. Es seguro que para él una sola jornada en la Casa Blanca ya hubiera compensando todos sus esfuerzos y los de su familia y equipo de colaboradores.

La valoración de la presidencia de JFK ha sido diferente según las épocas históricas. James Giglio¹⁶ ha resumido las fases por las que ha pasado la estimación del personaje entre los críticos e historiadores. En los años sesenta, poco después de su muerte, se tuvo una visión idílica de su persona y de lo que podía haber hecho. La vida y la presidencia de un político carismático se vieron truncadas de forma abrupta por un asesinato que puso fin a la vida y a una forma nueva¹⁷ de hacer política. En las dos décadas siguientes se llevó a cabo una revisión del personaje, de su política y su legado. Algunos historiadores concluyeron que fue el abanderado e instigador de la Guerra Fría y fue incapaz de fijar una agenda coherente en política interior. No advirtió el progreso del comunismo y su falta de previsión le llevó a cometer errores en política exterior. La presidencia marcó un estilo diferente a las anteriores, más glamurosa y llena de apariencias que ocultaba la falta de sustancia de los proyectos y desviaba la atención sobre los temas fundamentales. Fue, pese a pertenecer al Partido Demócrata, un conservador moderado y un «wilsoniano» que deseaba preservar al mundo de los males del comunismo y que buscaba mantener la diversidad identitaria de los pueblos y las naciones del mundo¹⁸.

En cambio, en los años noventa una nueva ola revisionista trató de equilibrar la visión y la consideración del presidente JFK. Giglio afirma que «Kennedy dejó América mejor que cuando él llegó a la presidencia»¹⁹, porque propició el crecimiento económico, contuvo el incremento del desempleo, mantuvo la inflación en niveles muy bajos, recortó los impuestos que pagaban los norteamericanos, mejoró las condiciones de trabajo de los agricultores, desarrolló un plan de construcción de casas, de mejoras de las infraestructuras de comunicación, comenzó a mitigar la discriminación de la mujer en el mundo laboral, social y político, impulsó el reconocimiento real y efectivo de los derechos civiles para todos los norteamericanos, luchó contra la segregación racial y ejerció un control contra los actos de racismo. En política exterior situó a los Estados Unidos en el liderazgo mundial del mundo democrático. A pesar de todo no se puede concluir que fue el presidente más popular y grande de este país, pero sí aquel que se ganó la credibilidad y la confianza de los norteamericanos²⁰.

A lo largo de la composición de este libro he hablado con muchas personas que vivieron el acontecimiento de su asesinato en Dallas. Algunos eran muy jóvenes, otros algo más mayores, todos coinciden en que recuerdan con perfección el día y la reacción que tuvieron. ¿Por qué sucede esto? JFK se ganó primero el afecto de muchos ciudadanos del mundo con su forma nueva de hacer política, por su manera de dirigirse a los auditorios repletos, su sonrisa y su glamur de hombre de mundo y de persona comprometida con los proyectos que impulsaba. Logró ocultar a la mirada de sus espectadores sus limitaciones, sus enfermedades, sus problemas físicos, sus defectos y sus pasiones. En cambio, orientó y mantuvo la atención de los norteamericanos hacia sus cualidades más excelentes. Su encanto y magnetismo personal sirvieron para atraerse a unos ciudadanos que querían construir un mundo nuevo surgido después de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial. Dicho con pocas palabras: sus cualidades personales sedujeron a sus conciudadanos y al mundo entero. Por eso cuando murió las mujeres lloraron y los hombres contuvieron la indignación y la rabia. Ellas habían perdido al marido ideal o al hijo soñado; ellos al que se suele calificar como el mejor amigo, el que nunca te deja solo, que no falla en ninguna circunstancias y que siempre está dispuesto a ayudarte.

JFK fue un hombre de profundos contrastes. Tuvo una inteligencia práctica y una intuición poco comunes para un político. Fue

capaz de arriesgarse en un juego de doble o nada sin alterarse. Asimiló con elegancia la victoria cuando todos esperaban que fuera derrotado y vapuleado. Fue disciplinado y sistemático en la preparación, por ejemplo, de sus comparecencias públicas ante los medios de comunicación y los ciudadanos a través de la radio y de la televisión. Solía tener un juicio acertado sobre cuestiones complejas y asumía la responsabilidad de las decisiones. No se arredraba ante las dificultades y buscaba siempre el modo de superarlas. Trató de integrar sus equipos desde la primera elección como congresista, hasta aquel que le aupó a la presidencia y al gobierno de los Estados Unidos. El carácter contradictorio se revela de forma evidente en sus problemas sentimentales, emocionales y físicos, que le hicieron sufrir mucho, al no poder superarlos, sobre todo las enfermedades crónicas. Él mismo llegó a cuestionarse su capacidad y su idoneidad para seguir siendo presidente y presentarse a la reelección.

A JFK lo podemos definir como un hombre de fronteras. Vivió en el límite y amplió, o mejor dicho, desbordó los márgenes en los que la política norteamericana se había movido por tradición. De esta manera transformó las relaciones internacionales en política global y universal. Situó a su país como protagonista de todas las coyunturas y logró convertirlo en la potencia más importante en el concierto mundial. Su «nueva frontera» consistió en adentrarse en lo desconocido y lograr superar límites que imponen la incertidumbre y el miedo que paraliza. JFK sintió vértigo y congoja ante los acontecimientos que vivió y las decisiones que se vio obligado a tomar. Como político dominó esa inseguridad y venció el temor a equivocarse. En suma, tomó decisiones cuando tenía que hacerlo, aún a riesgo de equivocarse. Supo asumir esa responsabilidad.

Su muerte, su asesinato, le llevó a traspasar otra frontera: la que señala la diferencia entre ser un personaje histórico y convertirse en un mito. En su centenario podemos afirmar que es un mito basado en un personaje histórico, o un personaje real que la imaginación colectiva ha convertido en mito.

El retrato póstumo de 1970 que se conserva en la Casa Blanca pintado por Aaron Shikler, nos presenta a un hombre joven en plena madurez intelectual, que deja ver o muestra una parte de su rostro, lleva un traje bien cortado, los brazos cruzados y con

la cabeza inclinada hacia abajo. El personaje no nos intimida con su mirada, como ocurre con el retrato del Papa Inocencio X del genio de la pintura Diego Velázquez, ni nos atraen sus manos o cualquier otro elemento. Lo que nos llama la atención es la actitud reflexiva, concentrada en sí mismo y su mirada atenta al siguiente movimiento o decisión que, sin duda, le llevaba a asumir un nuevo reto en la línea temporal de la historia y en el ejercicio las responsabilidades inherentes a su cargo político. ¿Fue JFK este personaje que refleja el lienzo? La respuesta es a un tiempo afirmativa y negativa.

Es JFK porque el presidente se informaba de cada asunto y meditaba con profundidad cada paso con el fin de alcanzar una resolución, tomar una decisión sobre un tema delicado o componer un discurso para proponer un proyecto innovador de reforma social o política. En efecto, ese era su aspecto externo, lo que se manifestaba a los que lo vieron y lo que los ciudadanos lograban retener en su memoria. El cuadro muestra un detalle, el gusto de Kennedy por cuidar su imagen hasta el extremo, puesto que era lo primero que veían sus votantes y quedaba en la retina de los ciudadanos como recuerdo.

Pero el lienzo no es fiel reflejo de su personalidad. JFK no bajaba la mirada ante los problemas, porque él asumía todos los riesgos de sus resoluciones con valentía, coraje y determinación. No cruzaba los brazos en actitud de defensa, sino para mantenerse más concentrado en un problema que exigía una respuesta y que generaba de inmediato un compromiso personal y de su equipo, y quizá de toda su nación. Y porque sabía que cada paso suponía adentrarse en un mundo lleno de problemas y complicaciones que se irían resolviendo en el proceso. Por tanto, ¿quién era John F. Kennedy? Quizá la pregunta más acertada sea: ¿cómo llegó John a convertirse en JFK?²¹ Esto es justo lo que se va a intentar explicar en este libro siguiendo el proceso de formación de un proyecto político para los Estados Unidos y desde su nación proyectarlo a todo el mundo. Un objetivo que surge en un ámbito local y de inmediato se transforma en un programa de acción global y se convierte en una propuesta universal.

Las Familias Kennedy- Fitzgerald | 02

2.1. La herencia irlandesa

JKF pertenecía a la cuarta generación de una familia irlandesa que emigró a los Estados Unidos buscando escapar del hambre. Él conocía poco o nada de su familia y de sus raíces irlandesas. Sus abuelos y su padre se habían esforzado por integrarse en la vida económica, social y política de la nación que los acogió y en la que habían venido al mundo. Ellos querían ser y tener la identidad de los norteamericanos. En cambio, la sociedad bostoniana, en especial los *brahmanes*, como se conocía a la clase que dirigía los destinos de una ciudad como Boston y a la oligarquía financiera que constituían un círculo cerrado que excluía a los hijos de emigrantes irlandeses, aunque éstos hubieran conseguido tener éxito en su vida personal, social, política y económica.

Se suele decir que la genética marca una forma de comportamiento y también de ver el mundo. Los abuelos de JFK, tanto por la rama Kennedy como por la rama Fitzgerald, tuvieron una participación activa en la política. Las razones que les impulsaron a adentrarse en ese campo podrían resumirse en dos. La primera, intentar superar la barrera social que les imponía su origen irlandés, y tratar de ayudar a sus compatriotas que se consideraban como unos ciudadanos de segunda categoría. La otra, mostrar su éxito social y económico no solo en la mejora de las condiciones de vida de su familia, sino también en la capacidad para asumir responsabilidades de gobierno en la comunidad política donde vivían y deseaban mejorar.

Patrick Joseph Kennedy fue un activo miembro de la cámara baja de Massachusetts durante cinco legislaturas seguidas. Pasó tres legislaturas como miembro del senado del Estado. Fue uno de los principales líderes del Partido Democrático en Boston. Murió

en el año 1929 legando una gran fortuna y gozando del reconocimiento social de sus conciudadanos. Luchó para que sus hijos tuvieran una vida mejor que la suya. No cabe duda de que lo consiguió.

John F. Fitzgerald era un político de raza, que había nacido para tratar con la gente. Tenía la capacidad de conectar de inmediato con todo el mundo, poseía el encanto de un irlandés pícaro, amable, buen conversador, amigo de todos, sabía qué terreno pisaba en cada momento y lo que debía decir para atraerse la voluntad y el apoyo de los que tenía enfrente. Intuía qué era lo más conveniente y necesario en cada momento, o lo que querían escuchar los votantes y lo ponía en práctica. Fue conocido como *Honey Fitz*. Su forma de actuar y de ser influyó mucho en su nieto.

Honey Fitz fue miembro del senado del Estado y fue elegido por el noveno distrito de Boston como miembro del Congreso de los Estados Unidos durante tres legislaturas entre 1895 y 1901. Era uno de los tres católicos que se sentaba en las bancadas de la cámara baja. Se convirtió en editor del periódico *The Republic*. Consiguió ser alcalde de Boston en dos ocasiones entre 1906 y 1907 y desde 1910 hasta 1914²². La primera vez que se presentó no consiguió ser reelegido. En cambio, en la segunda luchando contra los poderes fácticos y tradicionales de la ciudad y, además, contra el que sería años más tarde su futuro consuegro, logró conseguir el objetivo de alcanzar la alcaldía de nuevo. Fue el primer católico nacido en este país que rigió los destinos de Boston. Al terminar ambos mandatos fue acusado de corrupción y de enriquecerse. Por eso su estrella política comenzó a declinar. Perdió las elecciones al Senado en 1919 y, también, las de Gobernador en 1922. En sus últimos años, *Honey Fitz* se centró en sus negocios y en transmitir el instinto político a su hija Rose, que lo acompañó durante todo su segundo mandato como alcalde. Se implicó de lleno en la campaña electoral para el Congreso de su nieto JFK en 1946, a pesar de que tenía 83 años. En la celebración de la victoria, el abuelo bailó la danza irlandesa, cantaron *Sweet Adeline*. En medio de la euforia predijo que su nieto algún día llegaría a la Casa Blanca. Un dato curioso, poco después de su elección como presidente, JFK cambió el nombre del yate presidencial por *Honey Fitz* en honor a su abuelo materno. Murió el 2 de octubre de 1950²³.

Joseph Patrick Kennedy²⁴ fue el que convirtió a las familias irlandesas en norteamericanas. Consiguió no solo el éxito económico, sino también el reconocimiento social y, en parte, el político. Todo gracias a una sabia y prudente administración de la herencia recibida de sus antecesores, que él se encargó de incrementar, para convertir a la familia Kennedy-Fitzgerald en una de las sagas más importantes e influyentes de la historia contemporánea de los Estados Unidos. Desde muy joven fue un privilegiado por la atención que recibió de su familia, sus padres y sus hermanas. Tuvo el sueño de imitar a los grandes empresarios norteamericanos que se enriquecían y a la vez hacían prosperar a la nación generando empleos y riqueza. Joseph siempre aspiró a conseguir una gran fortuna y una excelente reputación social, que le permitieran desarrollar su proyección política en el ámbito del país y, también, en el exterior. El mundo comenzaba a internacionalizarse y las relaciones entre los estados y los continentes eran cada vez eran más importantes, fáciles y fluidas gracias al desarrollo de los medios de transporte y de comunicación.

Joseph P. Kennedy siempre deseó destacar por encima de sus compañeros, de las personas normales, de la gente corriente. Poseía una gran confianza y mucha seguridad en sí mismo por el afecto que había recibido de sus padres y, también, por la adoración que sentían sus hermanas por él como hermano mayor y único varón de la familia. Estudió en la Boston Latin School y después en Harvard. Era tenaz, decidido y, a veces, temerario. A sus 25 años se convirtió en presidente del Columbia Trust, fue el presidente más joven de un banco de Boston, de los Estados Unidos y del mundo. Toda una noticia que lo catapultó a la fama y, por ende, a incrementar el negocio de su banco.

Se casó con Rose Fitzgerald, la hija del rival político de su padre, que después se convirtió en aliado, y con la que tuvo que mantener un noviazgo intermitente, vigilado y condicionado por los problemas familiares. Su determinación y tenacidad le permitieron alcanzar el fin y superar todas las dificultades, quizá la más complicada, convencer a su futuro suegro de que lo aceptara como yerno. La unión de ambos en 1914 era la consolidación de una alianza entre dos familias que tenían rasgos comunes: ambición y confianza ilimitadas en el futuro, que sería mejor que el de la generación anterior a ellos. Estaban preparados y tenían los medios para superar el estatus y el legado de sus predecesores y

ellos lo entregarían a la siguiente generación, sus hijos, como un gran tesoro que tendrían que mejorar²⁵.

Joseph P. Kennedy era sagaz y reconocía las oportunidades donde la mayoría veía solo riesgos. Tenía arrojo y capacidad para adelantarse a los acontecimientos y sacar beneficios de ellos. Cuando unos iban, él ya solía estar de vuelta. Por eso el *Crack* de 1929 no se llevó por delante su fortuna, porque retiró sus inversiones antes de que se produjeran la gran volatilidad, la quiebra de los mercados financieros y de muchas empresas. En este caso la audacia de la que hizo gala en otros momentos se convirtió en prudencia para no verse arruinado. Dos cualidades que heredó su hijo y que mostró en momentos complicados cuando el mundo caminaba hacia el abismo, como en la crisis de los misiles de Cuba.

Comprobó con amargura que aquello que se desea con más vehemencia, una y otra vez se escapa de las manos como el agua. No consiguió el ansiado poder político²⁶. No logró ser nombrado secretario del Tesoro en el gobierno de Franklin D. Roosevelt, un cargo para el que se creía capacitado y pensaba que merecía por haber contribuido con generosidad con dinero, medios y sus influencias al éxito de la campaña del presidente. En cambio, logró realizar buenos negocios con la distribución de güisqui y ginebra en los Estados Unidos después de que se levantara la prohibición conocida como «ley seca». Desde 1934 ocupó cargos de segundo nivel en la Administración como la presidencia de la Comisión de Operaciones Bursátiles o de la Marina Mercante, puestos que no le suponían reto alguno y, por tanto, se encontraba incómodo y, con frecuencia, aburrido.

El salto cualitativo en la política vino de la mano de su nombramiento como embajador en Inglaterra en un momento en el que Europa vivía la convulsión del ascenso y la consolidación de los regímenes totalitarios²⁷. Los años en los que España se convirtió en el escenario de una confrontación entre bloques políticos irreconciliables, que tendrá su continuidad en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría. Como veremos padre e hijo vivieron las terribles consecuencias de estos enfrentamientos durante toda su vida. Pero no ponderaron las situaciones de la misma forma y, por tanto, no adoptaron la misma actitud ante los acontecimientos, ni valoraron de igual manera sus consecuencias. Este hecho supuso un distanciamiento entre ambos.

2.2. Los Fitzgerald-Kennedy una familia norteamericana

Joseph P. Kennedy siguió la estela marcada por sus antecesores, que no solo le indicaron de forma clara el camino a seguir, también le proporcionaron la formación y los medios necesarios para empezar. Fue un discípulo aventajado de su padre. Consiguió con esfuerzo, tesón y habilidad situarse en el exclusivo mundo de las altas finanzas estadounidenses. Un espacio reservado a familias protestantes de viejo abolengo, un club privado en el que se daba entrada a los *brahmanes*, personajes poderosos y con proyección e influencia sociales. Los Kennedy eran católicos y emigrantes provenientes de Irlanda²⁸. Con estas credenciales formar parte de la élite económica y política bostoniana era una utopía. Pero Joseph Kennedy supo identificar las nuevas oportunidades que comparecían ante su mirada y trazó una estrategia precisa para alcanzarlas. No se paró en el deseo, quiso hacer realidad esos anhelos para él y para su familia. Cuando consiguió asirlas entre sus manos, las aprehendió con todas sus fuerzas para formar parte de ese exclusivo club y legar a sus hijos esta posición que les abría un mundo lleno de posibilidades.

En los días que prestó su apoyo político y, sobre todo, económico al primer católico que iba a ser nominado como candidato a la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Demócrata, Alfred Emanuel Smith²⁹, quizá pensó que algún día él sería quien daría el discurso de aceptación ante la Convención Demócrata. Su sueño era llegar a ser presidente. Fue una ilusión que no pudo llegar a realizar. Sin duda, le parecía insuficiente tener el éxito económico en los negocios, disponer de una gran fortuna, ser rico y entrar en los clubes y círculos de poder más exclusivos. Todo eso no satisfacía su deseo de tener una presencia pública muy marcada. Necesitaba el reconocimiento político y social, tocar el poder que le situaba en el vértice, en la parte más elevada, de la pirámide de la política. Ser la persona que rige los destinos de una nación poderosa, que estaba llamada a ser el árbitro del mundo y a ordenar la política universal. Ansiaba ver a los adinerados y a los grandes hombres de negocios rendidos e inclinados ante él. Esta actitud orgullosa y suficiente le granjeó más enemigos que amigos, más personas que odiaban su posición y su éxito, que personas que lo alabaran y se pusieran de su lado. En este sentido se puede decir que Joseph P. Kennedy fracasó.

No fue capaz de construir un equipo de colaboradores políticos que le ayudaran a escalar la montaña para conseguir estar en la cima y permanecer en ella. Lo que logró en el mundo de las finanzas y de la empresa, no consiguió consolidarlo en el ámbito de la política. Confundió los liderazgos y este fue un error del que, sin duda alguna, aprendió su hijo. Pero sobre todo, construyó unas realidades ficticias que él se creyó y actuó considerando que constituían la única verdad.

Su nombramiento como embajador en Inglaterra se produjo en un tiempo muy complicado y difícil para Europa³⁰. Se vivía el final de los felices años veinte y la llegada de las tensiones y las confrontaciones, que pondrían en peligro la subsistencia de una forma de vida y de concebir la política. Una Europa que vivía la convulsión que suponía la consolidación de los regímenes totalitarios fascistas y comunistas.

El embajador Joseph P. Kennedy se mostró partidario de la política de *appeasement*, apaciguamiento, que fue mantenida por Neville Chamberlain en Inglaterra y secundada por Francia³¹. Los responsables políticos trataban de no reproducir los horrores de la Primera Guerra Mundial y abogaron por mantener la paz y el entendimiento con la Alemania de Hitler. El hecho histórico que marcó este proceso fue la Conferencia de Múnich de 1938 en la que Chamberlain aceptó las garantías del gobierno nazi de Alemania de mantener el equilibrio europeo a cambio de la anexión de Checoslovaquia³². La política de apaciguamiento que intentaron practicar los responsables políticos de Inglaterra y Francia, frente a los propósitos expansionistas de Hitler, terminó por convertirse en el paradigma de la actitud equivocada de quienes creen que se puede conseguir la paz cediendo a las amenazas y al chantaje de los enemigos de la democracia y de la libertad. El primer ministro inglés recibió fuertes críticas, que se resumen en la famosa frase de Winston Churchill: «Tuvo usted para elegir entre la humillación y la guerra, eligió la humillación y nos llevará a la guerra».

Los informes de la Embajada de Alemania en Londres decían que el embajador americano era un firme partidario de Chamberlain y criticaba los movimientos y las ideas de los partidarios de romper las negociaciones con los regímenes nazi y fascista. Joseph P. Kennedy tomó partido de forma clara a favor del espíritu de Múnich

y criticó a aquellos norteamericanos que preferían la actitud de Churchill³³. Sin darse cuenta, quizá porque se encontraba en Europa, el embajador se situó contra la opinión mayoritaria de los americanos. Su carrera política concluyó cuando fue relevado del puesto en el que se encontraba feliz viviendo una época dorada con toda su familia. Desde ese momento, se convirtió «no en el sabio al que se va consultar en períodos difíciles, sino en el representante de una derecha tradicional y excluida de las tareas de gobierno»³⁴.

Marginado en la política, pero siendo un exitoso hombre de negocios, se concentró en lograr que las carreras profesionales y, sobre todo, políticas de sus hijos hicieran realidad sus frustrados sueños. Lo primero que les transmitió fue un espíritu altamente competitivo. Les exigió que en todas las facetas de la vida deberían superar a los mejores, o al menos estar entre ellos. Por otro lado, para atemperar la tendencia al individualismo excluyente, les transmitió la necesidad de mantenerse unidos de cara al exterior, superar las divergencias que tienen todas las familias y, de este modo, beneficiar a cada uno de los miembros. Esta actitud será fundamental para asimilar y superar las enfermedades y los prematuros fallecimientos de dos de sus hermanos que sucedieron en pocos años. Con el tiempo también se revelará como un instrumento insuperable para conseguir el éxito de la carrera política de JFK³⁵.

Joseph P. Kennedy representó la transición entre unos irlandeses, que todavía soñaban con la verde isla que sus ancestros habían dejado para no morir de hambre, y unos nuevos ciudadanos que se sentían integrados en una sociedad que los acogió, los formó y les ofreció las oportunidades de progresar y de regir sus destinos. Ellos supieron aprovechar las posibilidades y se convirtieron en norteamericanos. Después de tres generaciones los irlandeses pudieron asumir las cargas sociales y la responsabilidad política que imponían los cargos, aunque estos fueran menores. Pero sobre todo se vieron obligados a demostrar que tenían capacidad para ser líderes y aceptar el riesgo en los negocios y en la política.

El 29 de mayo de 1917 nació John F. Kennedy, que recibió ese nombre por agradar a su indomable abuelo. En este momento los Estados Unidos se preparaban para entrar en la Primera Guerra

Mundial, que suponía un giro de 180 grados en su política internacional, marcado por el aislacionismo respecto a Europa. En este momento era necesario implicarse de lleno en los problemas del Viejo Continente. No cabe duda de que fueron unos días tristes en los que los norteamericanos pusieron a disposición de las naciones aliadas el entusiasmo de su vigorosa juventud, muchos de ellos dejarían su vida en las trincheras, en los embarrados campos de batalla de Francia y en los mares que bañan las costas de Europa y donde los europeos gozaban de sus vacaciones.

2.3. La formación humana y académica de un líder

Formar a un líder político es complicado y no existe un manual que sirva siquiera de guía³⁶. Es una tarea que requiere mucho tacto, paciencia, tiempo, dinero y prudencia. Es necesario saber combinar el error con el acierto. La alegría, el dolor, el éxito y el fracaso forman parte de las dos caras de una misma moneda que es la vida en todas sus dimensiones y manifestaciones. Las líneas maestras de la actuación de un político suelen ser pocas pero constantes y, se podría decir, que permanecen y conforman su identidad durante toda su carrera. Muchas de estas características JFK las aprendió en el seno de su familia, en el trato con sus padres y con sus hermanos. Otras las descubrió, potenció y desarrolló en entornos como la universidad y su red de relaciones sociales.

La formación de un futuro líder político comienza por necesidad en el círculo social más próximo e íntimo, la familia, y culmina con el tiempo en una amplia red de relaciones sociales, políticas, económicas, afectivas y culturales. Todas ellas tienen un rasgo común y distintivo, aportan algo a la persona y a la imagen del líder para ir afianzando su capacidad de liderazgo con el fin de hacerse cargo de la dirección de los asuntos comunes en una nación, en una empresa, en un grupo social o político.

La familia formada por Joseph P. Kennedy y Rose Fitzgerald tenía una característica externa que la distinguía: atractivo para competir e igualarse con las familias más importantes de Boston, los Carnegie, Rockefeller, Vanderbilt, Adam, Roosevelt y Taft. A la vez poseía una seña de identidad interna que marcó de forma indeleble el carácter de todos los hijos: la competitividad.

La competitividad fue alentada por la forma de ser de Joseph P. Kennedy, el padre de esta nueva generación, que deseaba que sus hijos fueran más importantes, más respetables y más ricos que él mismo, un descendiente de emigrantes irlandeses que había conseguido mucho, partiendo de la situación familiar y social de desventaja respecto a otros bostonianos. Su objetivo era conseguir que sus hijos fueran reconocidos, sin duda alguna, como norteamericanos y no como extranjeros venidos al Nuevo Mundo. Para Joseph P. Kennedy formar parte de la élite social y política, pasaba por disponer de importantes recursos financieros, es decir, ser muy rico. Para conseguirlo era necesario tener éxito en los negocios y convertirse en un referente en el mundo económico y empresarial. El siguiente paso era ganar peso en la sociedad y, finalmente, conseguir tener influencia política para designar a los candidatos a los puestos claves donde se toman las decisiones importantes. En una palabra, conseguir la aceptación social. Consideró que el dinero era condición necesaria, pero no suficiente, porque hay otro aspecto humano que nada tiene que ver con lo material, que pasa por la aceptación de los votantes y de los miembros de los partidos de alguien como la persona idónea y capaz para desarrollar las tareas y afrontar los retos que se presentan en cada momento. Es el reconocimiento de la capacidad de un candidato o de un aspirante a político para hacer algo, más en concreto, para proponer y llevar a cabo el proyecto necesario y conveniente en un lugar y un tiempo determinado.

Ser reconocido como uno de los miembros de la élite política y social de una ciudad tan marcadamente clasista como Boston, exigía una lucha permanente contra todo y contra todos. Había que superar no pocos obstáculos como un pasado que lastraba, unos prejuicios religiosos que condicionaban y una oligarquía excluyente, en la que se incluían a un número muy limitado de familias. Esta era la forma de competir por conseguir realizar un sueño, un proyecto vital y conseguir un objetivo. Joseph P. Kennedy vivió de esta manera, quizá no concebía otra modo de vivir. Inculcó a sus hijos estas ideas y estas actitudes de rivalidad permanente y constante entre ellos mismos y con el entorno. Deseaba que fueran fuertes, decididos y perseverantes para llegar a ser los mejores, los más destacados y los números uno en todo, desde el deporte a los estudios, en cualquier circunstancia y en cualquier momento.

La actitud de Joseph Kennedy hacia sus hijos mayores, Joseph (*Joe*) y John (*Jack*) fue el acicate que ambos necesitaban para lanzarse a competir y a esforzarse por conseguir aquello que querían y deseaban. Joe era el primogénito y siempre sintió, en su corta vida, la responsabilidad de ser el referente, el heredero y el continuador de los éxitos de la saga Kennedy, que habían comenzado dos generaciones antes. Jack fue el segundo y, por tanto, su vida debía ser más relajada y tranquila. Ambos gozaron de una excelente educación en buenos colegios y fueron alumnos de la Universidad de Harvard.

Joe con el tiempo se fue convirtiendo en el hijo modelo y perfecto que todo padre sueña tener. Basta ver sus fotografías para comprobar que poseía un atractivo especial, era elegante y un deportista de éxito. Jack en cambio no se centraba en ningún deporte concreto. No le atraían los estudios impuestos, pero tenía curiosidad y estaba interesado en conocer lo que acontecía a su alrededor, más que en destacar en actividades de otro tipo. Ambos vivían en un fanal de cristal protegidos por su familia, el dinero que poseían y la educación que recibían. Sorprende que unos norteamericanos que vivieron la Gran Depresión de 1929 cuando la estudiaron en la universidad no supuso ningún cambio en sus vidas, a pesar de que se generalizó la pobreza, el desempleo y la falta de recursos entre la población de los Estados Unidos.

La familia Kennedy gobernada por la mano firme de Joseph fue prosperando en los negocios familiares, muy diversificados gracias a la sagacidad y visión del patriarca, capaz de aprovechar todas las oportunidades que ofrecía una nación en expansión y desarrollo. Al mismo tiempo, desde la perspectiva social fueron ganando influencias y posiciones que antes no tenían. Las funciones de los progenitores en el hogar familiar estaban delimitadas de manera clara. Joseph se ocupaba de traer el dinero y los medios necesarios para mantener la prosperidad y el estatus de los miembros de la familia. Rose se ocupaba de todo lo demás de puertas adentro: educación, organización de la casa, atención de los hijos... Además, la madre solía tocar el piano en las reuniones que precedían a la cena familiar. En muchas ocasiones acompañaba a *Jack* que le gustaba cantar.

La formación de los hijos Kennedy se puede resumir en varios objetivos. Conseguir moldear y dotarles de un carácter fuerte,

hacerlos disciplinados con una voluntad obstinada, que no se arredra ante las dificultades, sino que trata de superar todas las adversidades. Las palabras aceptación resignada de una situación, abandono de un proyecto o derrota ante los problemas no formaban parte del vocabulario de la familia. Cualquier circunstancia podía superarse con una mezcla equilibrada de esperanza y firme determinación de la voluntad. Este carácter familiar, que cada uno incorporó a su vida de una manera peculiar, explica muchas de las decisiones y actuaciones de JFK en su vida pública como congresista, senador y presidente.

No cabe duda de que la familia fue el lugar donde JFK aprendió la importancia de la unión de diversos miembros para conseguir alcanzar las metas, que superan individualmente la capacidad de cada uno. Es decir, aprendió que todos pueden aportar algo al fin que se proponen. Dicho de otra forma, todos son necesarios para conseguir el éxito. El hogar familiar fue el espacio que permitió desarrollar en el tiempo una actitud para conseguir arrancar a un grupo o a una persona la vinculación con un proyecto humano y vital. En la familia aprendió que la unión y el compromiso de todos son necesarios para conseguir alcanzar las metas que benefician al conjunto y en este proyecto cada uno tiene que dar lo mejor de sí para gozar del éxito. Compromiso y unión se fundamentan en la confianza mutua y en el deseo de compartir los logros con los demás. De este modo, los hermanos Kennedy consiguieron éxitos profesionales, sociales y, sobre todo como se verá más tarde, políticos y deportivos. La competitividad aprendida y asimilada desde muy temprano fue la vía que los catapultó hacia los triunfos que fueron cosechando a lo largo de sus vidas.

Competían entre ellos y competían contra otros unidos de forma leal. Unidad y lealtad eran dos características que les inculcó su padre desde muy niños. La convivencia entre los hermanos siempre es difícil y está llena de momentos en los que se revelan las discrepancias, que se transforman en conflictos y suelen degenerar en peleas. Todos los que han vivido en el seno de una familia numerosa lo han experimentado. Los padres, Joseph y Rose, trataron de educar a sus hijos en los principios de la unidad, del compromiso, de la lealtad y de la cooperación. Las diferencias estaban a la orden del día, pero nunca podían constituir un motivo de división y de ruptura en el seno de la familia. El comportamiento leal exige que la discrepancia no sea un obstáculo para

cooperar y coordinar esfuerzos, con el fin de alcanzar las metas que, en principio, a todos beneficiaban. De esta forma podían llegar a ser los mejores y alcanzar los puestos más relevantes. Los educaron en el liderazgo y en la capacidad para asumir la responsabilidad que exige marcar el ritmo de un grupo.

El universo de la familia Kennedy estaba edificado sobre los principios de la lealtad, la cooperación, la exigencia personal, la responsabilidad, la competitividad, la unidad y el compromiso. Todas estas características aflorarán en los sucesivos proyectos políticos que acometió JFK. Siempre contó con la familia de forma decisiva y fundamental hasta el punto que podemos afirmar que sin ella no habría conseguido lo que alcanzó. En sus padres y sus hermanos, pese a las diferencias, encontró siempre el apoyo necesario para superar obstáculos y lograr metas que solo resultaban muy difíciles. Los Kennedy se convirtieron en «un clan al servicio de un hombre»³⁷.

2.4. Superar la guerra, construir una morada para la paz

En la familia Kennedy los hijos, y también los padres, aprendían que en la vida hay que superar todos los obstáculos para conseguir llegar a la meta. Los objetivos se conseguían siempre con esfuerzo y tesón. Nadie regala nada porque existe una gran competencia para alcanzar el éxito que solo uno lo logra, como en las carreras de atletismo y en las finales de los campeonatos. Tanto en la familia Kennedy como en la familia Fitzgerald había una acusada inclinación a dedicarse a la política con el fin de mejorar la comunidad y, también, como el camino para subir en la escala social. JFK conocía las experiencias vitales y el compromiso social de sus predecesores, lo había visto y se lo habían contado. Sabía cuál era el sabor de las mieles del triunfo y la amargura de las hieles de la derrota. En su casa se hablaba de la experiencia política de los abuelos. Su padre había estado muy cerca de la cima política, formó parte del círculo más cercano de Franklin D. Roosevelt. Justo cuando parecía que nada podía detener su ascenso a la cumbre, comenzó a descender con rapidez y terminó apartado de la vida política para siempre.

JFK era consciente de que por delante de él tenía a su hermano Joe, la gran esperanza de la familia, elegante, agraciado,

deportista e intelectualmente superior. Todos consideraban que estaba destinado a realizar una prometedora carrera política, la misma que a Joseph P. Kennedy se le negó por haber realizado unas inoportunas declaraciones y defender las opciones políticas equivocadas que lo alejaron de la sensibilidad y del aprecio de los norteamericanos. El hijo mayor que llevaba los nombres de sus dos abuelos, debía superar a su padre en el ámbito público y continuar en política aquello que sus antecesores no habían logrado realizar. Es decir, conseguir llegar a ser presidente y situar a los Kennedy de forma definitiva en lo más alto de la escala social, económica y política. Era el viejo sueño de unos emigrantes, sus nietos tenían que lograr aquello que ellos no habían podido alcanzar pese a los grandes esfuerzos realizados.

En la vida de JFK se detectan varios elementos que forjarán la personalidad en su primera juventud. Primero, el gusto por el deporte de equipo en el que se coordinan los esfuerzos y se colabora para conseguir los objetivos. Todo contribuyó en él a reforzar el deseo de competir para conseguir la victoria, pero sobre todo alentó su capacidad para saber gozar del éxito y asumir el fracaso como una oportunidad para mejorar. Segundo, los viajes que realizó al extranjero sirvieron para ampliar sus horizontes, sus experiencias vitales y aprender que tiene que existir una conexión entre la política doméstica y la política exterior, que una y otra tienen que caminar unidas y su disociación llevará al fracaso del liderazgo mundial. Lo que vio en los muchos y variados países y culturas que visitó y conoció, le ayudó a contrastar su experiencia familiar y local en los Estados Unidos con un mundo sometido a profundas transformaciones. Esto es, que el mundo en realidad no es ni un constructo abstracto, ni algo imposible de comprender, sino una realidad cambiante de la que hay que hacerse cargo. Tercero, el deporte de competición y la experiencia en los viajes tuvieron como resultado desarrollar en él un instinto que le acompañará durante toda su vida, conocer lo que quería el adversario, qué métodos iba a utilizar para conseguir sus objetivos y qué ritmo iba a emplear para alcanzar sus metas. Es decir, JFK desarrolló la capacidad para intuir las estrategias de sus competidores, por esta razón logró contraatacar con acierto a sus competidores y vencerlos en todas las contiendas políticas que afrontó. Muchas veces la victoria se produjo por un estrecho margen de votos, que fueron suficientes para conseguir lo que se proponía. No nos equivocamos si decimos que fue un político exitoso, carismático,

atractivo y popular, que se esforzó mucho para llegar donde se propuso, contó con un buen equipo y aprendió a escuchar a los que le rodeaban para decir y hacer lo que convenía en cada momento y se esperaba de él.

Los hechos de su vida nos muestran que se movió en estas dimensiones. Siempre empleó todas sus fuerzas y sus capacidades en lo que se proponía realizar. De carácter abierto, poseía sentido del humor y era divertido. Tenía un atractivo especial para las mujeres. Tuvo más éxito con ellas que su hermano *Joe*, que siempre le superaba en todo, menos en este terreno.

La forma relajada con que su abuelo y su padre concebían la vida matrimonial, le llevó a considerar que el cumplimiento de algunas normas puede y debe ser flexible. En su juventud vivió alternando estas dos caras de una misma moneda. Logró convertir su vida de estudiante y de deportista cada día en algo diferente y divertido.

En 1937, con 20 años, su padre le facilitó la posibilidad de viajar por todo el mundo. Europa vivía, como se ha dicho, la imposición de las políticas de los regímenes totalitarios en Alemania e Italia, por un lado, y en Rusia por otro. Recorrió varios países, conoció de forma superficial la vida en ellos, se alojó en embajadas y conoció algo de cómo estaba evolucionando la política europea. Sus apreciaciones no fueron muy acertadas cuando afirmó que no era posible que se produjera un enfrentamiento bélico, en esto mostró su falta de percepción e inmadurez política en materia internacional. A esta edad su inexperiencia le llevaba a simplificar la realidad y a emitir juicios apresurados sin fundamento real. Por ejemplo, Alemania le pareció arrogante, Francia primitiva e Italia un país muy desorganizado³⁸.

La experiencia fue positiva porque dejó en él una profunda huella en su carácter y en su visión de la realidad social y política. Fue el acicate para ir formándose una capacidad crítica para analizar de forma clara, certera y profunda la realidad que le rodeaba, percibir la diversidad del mundo y la complejidad de los problemas, que en su época comenzaban a afectar a todos los países. Esta visión la completará con el estudio, el conocimiento y la formación que adquirirá más tarde en la universidad³⁹. El análisis y la percepción del mundo exterior a los Estados Unidos no se podían realizar en exclusiva desde la experiencia personal, sino que tenían que considerar la evolución

histórica y conocer la realidad social y política de una Europa sometida a un profundo cambio.

Los viajes lograron formar en él una visión independiente, propia y crítica sobre los asuntos políticos domésticos y, sobre todo, internacionales. Advirtió algo que ya no olvidará, que la política está interconectada, los asuntos europeos, y casi los de cualquier lugar del mundo, más pronto que tarde ejercían una influencia en los Estados Unidos y viceversa. Su conclusión fue clara, ya no tenía sentido, ni se podía justificar el mantenimiento de una política aislacionista. La neutralidad no era posible. Vivir de espaldas al mundo y a los acontecimientos no era una opción. Todo estaba cambiando y en esta coyuntura se exigía una toma de posición clara y definida.

Un hecho decisivo que vivió en esta época fue conocer a Winston Churchill. Admiró su actitud contra los totalitarismos políticos y su defensa de la democracia como forma de Estado y de gobierno. Apreció su lucha y su defensa a favor de los derechos de los ciudadanos. Percibió que como político no le importaba la presión que ejercían sobre él algunos círculos de poder muy influyentes⁴⁰. JFK trató de comprender las razones por las que una nación llega a utilizar el recurso de la fuerza de las armas, la guerra, para dirimir las diferencias con otra nación, en lugar de buscar un entendimiento y negociar la paz. De esta forma, comprendió que existía una gran diferencia entre los ideales de la política y la realidad social que siempre está mezclada, contaminada y condiciona por una combinación de intereses personales, de partido, pasiones y posiciones. Toda esta experiencia la utilizó para componer el trabajo que le sirvió para graduarse y concluir sus estudios en 1940.

En los últimos años de la década de los treinta la humanidad estaba sumida en un profundo cambio. Se echaba de menos el liderazgo de una potencia hegemónica mundial que asumiera el reto de encargarse de mantener un orden político liberal, abierto e integrador. Al mismo tiempo esa nación tenía que ser capaz de superar las situaciones de crisis que habían provocado las quiebras de los mercados de valores en una década, a finales de los años veinte, puesto que Inglaterra ya no tenía la capacidad para actuar como potencia hegemónica porque su imperio estaba en decadencia. Estados Unidos, el país en auge, no quiso cargar con

los costes de actuar como líder por razones políticas internas relacionadas con la doctrina del aislacionismo. No obstante, y pese a la promesa electoral de Roosevelt de no enviar ni un soldado norteamericano a ninguna guerra exterior, la política de contemporalización y apaciguamiento con el enemigo que defendían los dirigentes de Inglaterra y Francia, suele acarrear nefasta consecuencias para las partes implicadas, sobre todo para aquella que se convierte en testigo pasivo y deja el campo libre para que actúe una de ellas. El final siempre es conflictivo, como se ha demostrado en más de una ocasión.

Esta actitud produjo una profunda inquietud en ciertos ambientes políticos estadounidenses. JFK testigo directo de los acontecimientos estaba experimentando un cambio profundo de actitud y de mentalidad. Por ejemplo, cuando volvió de su segundo viaje a Europa comprendió que la formación que podía adquirir en Harvard sería esencial en el desarrollo de su carrera profesional o política. Mejoró su rendimiento y sus calificaciones y redactó una tesis titulada *Appeasement at Munich (Contemporización en Múnich)*⁴¹ que se publicó en forma de libro con notable éxito bajo el título *Why England Slept? (¿Por qué se durmió Inglaterra?)*⁴². La portada es muy gráfica. En la parte baja de la cubierta el león británico está profundamente dormido, confiado en que la protección de la bandera del Reino Unido es suficiente para alejar todos los peligros.

El libro tiene su origen en la tesis presentada para concluir sus estudios en la Universidad de Harvard. Está escrito desde la perspectiva de un alumno de 23 años, que ha vivido y ha sido testigo de algunos acontecimientos como los bombardeos de la Luftwaffe sobre Londres, donde su padre era embajador. También se percibe la influencia del texto de Winston Churchill escrito en 1938 *While England Slept*, en el que el primer ministro inglés explicaba las razones por las que Alemania estaba reconstruyendo su imperio y tratando de restaurar su influencia en toda Europa.

El trabajo se publicó, por empeño personal de su padre, en 1940. En él se analizaron los errores que cometió el gobierno británico para evitar el estallido de la Segunda Guerra Mundial, criticó, contra el parecer de su padre, la política de apaciguamiento y anunció que una confrontación bélica sería fatal para todas las partes implicadas y para el futuro de Europa. El libro lleva un

prólogo de Henry R. Luce, y el que fuera redactor jefe de *The New York Times*, Arthur Krock, le ayudó a reescribirlo. Se vendieron 80.000 ejemplares y JFK obtuvo un beneficio de 40.000 dólares. El dinero de los derechos de autor de las ventas realizadas en Inglaterra se donó para ayudar a la reconstrucción de Plymouth y con el beneficio de las ventas en los Estados Unidos JFK se compró un Buick descapotable.

El libro sirvió para convertir a un joven Kennedy en un observador de los acontecimientos y de la realidad social y, también, en un analista político sutil, vivaz y creador de opinión apreciado por los norteamericanos. La lectura del libro revela una idea que va más allá de las críticas a una forma de entender y actuar políticamente en un contexto histórico en el que surgieron los totalitarismos.

El espíritu competitivo de JFK le llevó alistarse en el ejército para asumir el mismo papel que su hermano Joseph y miles de jóvenes norteamericanos: participar de forma activa en la guerra y luchar por la libertad contra la tiranía. Esta batalla contra los totalitarismos se estaba librando en dos escenarios muy distantes: Europa y el Pacífico. JFK consiguió ser aceptado en la Marina para trabajar en las oficinas. Su afán por ser útil, servir a su patria y, quizás, a la causa de la libertad, le impulsó a buscar por todos los medios no verse relegado a vivir la guerra detrás de un escritorio. Su deseo era tener un mando, vivir y estar en el escenario de la contienda.

En 1942 ingresó en la Escuela de Patrulleros y le asignaron el mando del bote PT 109⁴³. El 1 de agosto cerca de la isla Salomón un barco japonés partió en dos su embarcación y la hundió. Durante días dieron por muerta o desaparecida a toda la tripulación. No obstante, lograron llegar a una isla y allí fueron encontrados y rescatados. Una semana después del incidente volvieron a la base todos los tripulantes heridos, agotados y felices. Recibieron una condecoración, el reconocimiento de todos y JFK fue elevado a la categoría de héroe⁴⁴.

La experiencia militar, el naufragio y la lucha por la supervivencia en territorio hostil, sirvieron para despertarlo del sueño plácido y cómodo de un joven de clase alta norteamericana⁴⁵. El suboficial que fue al Pacífico en 1941, no es el mismo oficial que

volvió convertido en un héroe y superviviente dos años después. Experimentó el dolor que es el yunque donde la vida temple el carácter de los seres humanos. Sufrió en sus carnes el malestar de las heridas que son las marcas indelebles que le sirvieron para percibir la vulnerabilidad y fragilidad del cuerpo. Los hechos vividos revelaron la limitación de la existencia humana, le proporcionaron una visión diferente de la vida y su destino. La experiencia padecida le sirvió para dejar atrás de un modo definitivo los años dorados y seguros de la juventud. Vivió el drama de ver cómo la vida se escapa entre las manos en un instante, experimentó el dolor físico causado por las armas y padeció el dolor moral que provoca la muerte de sus subordinados. Vio de cerca y sintió el frío rostro de la muerte y de la tragedia que podría haberse llevado a todos por delante. En su cuerpo y en su alma quedaron cinceladas las señales indelebles de la guerra⁴⁶.

La familia, en agosto de 1944, estaba en la casa de verano de Hyannis Port. Allí los Kennedy recibieron la noticia de que el teniente *Joe* había desaparecido en una misión arriesgada y se daba por segura su muerte en Europa. *Joe* se había presentado voluntario para pilotar un bombardero cargado con más de 10.000 kilos de explosivos. El avión desapareció o explotó en algún lugar en el Canal de la Mancha. Nunca se encontraron sus restos y los del copiloto. El mayor de los Kennedy tenía 29 años y su muerte cambió la vida y el destino de sus hermanos menores, John y Robert. Los historiadores están de acuerdo en que esta pérdida fue un mazazo brutal y despiadado que todos los Kennedy tuvieron que asimilar. El patriarca de la familia recompuso la situación. *Joe* había hecho sus primeros avances en la política y se le abría un prometedor futuro después de la guerra. Ahora John tenía que ser una *second best solution*. El segundo de los hijos se convirtió en el elegido para realizar las esperanzas y cumplir los sueños políticos de su padre. JFK en este proceso fue una estrella que brilló con luz propia, despojándose de la pesada carga y de la alargada sombra de su padre y de su hermano. Mostró una gran capacidad, mucha intuición y una audacia que nadie conocía antes de que asumiera el protagonismo en su familia y en la política. En este proceso, el joven de 18 años Robert, asumió su papel y se sintió obligado a ayudar a su hermano en la carrera política a la que estaba destinado.

El joven curtido en la guerra y en el dolor familiar⁴⁷ estaba formándose en una nueva manera de hacer política. Era un americano

nacido en el siglo XX para hacer una política del siglo XX, que desechaba el cálculo moral impecablemente razonable y evidente del siglo XIX⁴⁸. Un cálculo que se había demostrado que no funcionaba en la nueva centuria. El escenario había cambiado, la democracia estaba atrapada entre dos polos. De un lado, el comunismo que avanzaba de forma imparable; de otro, las posturas timoratas, apaciguadoras y vacilantes de las democracias europeas. Kennedy era ya un joven maduro que deseaba convertirse en un observador del acontecer histórico, político y social para influir en todos ellos, superando el miedo a tomar partido y actuar en cada una de las situaciones para obtener lo mejor y conseguir el éxito⁴⁹.

La tercera generación de los irlandeses que llegaron a los Estados Unidos se había convertido en una familia norteamericana. Atrás quedaban las verdes praderas de Irlanda, las penurias de una larga e incómoda travesía por mar, los esfuerzos por salir de la pobreza y situarse en el mundo social, político y económico, las luchas por conseguir unos medios holgados de vida y el reconocimiento de las familias acomodadas. El precio pagado fue alto, pero el premio que se consiguió sobrepasó las expectativas iniciales.

Los Kennedy siguen conservando su atractivo a pesar del tiempo transcurrido. Hoy día su nombre evoca a una de las dinastías más importantes de los Estados Unidos. Cabría preguntarse si habría sido así aún cuando JFK no hubiera llegado a ser presidente. No se puede dar una respuesta categórica. De lo que no hay duda es de que la breve presidencia de JFK concedió a la familia justo aquello de lo que han carecido otras importantes sagas estadounidenses, quizá por esa razón no mantienen ese encanto y atractivo.